

LA PAZ Y SUS HABITANTES

R. HAUTHAL

Libros Tauro

A medida que nos íbamos acercando a La Paz la superficie aparecía más y más cubierta de cantos rodados, que sólo desaparecen apenas allí donde se ven claros rastros de haber existido en tiempos, remotos grandes masas de agua en forma de lagos a saber al norte de Ayo-Ayo, donde atravesamos un vasto llano poblado de abundante hierba, al parecer, fondo de un lago muy antiguo. Por la tarde, al abandonar Oruro, ya logré divisar, aunque por un momento tan sólo, el macizo de Quimsa Cruz, las crestas nevadas de la Cordillera hacia el este que muy pronto quedaron envueltas en un manto de niebla.

Esa misma tarde, al aproximarnos a La Paz apareció una gran parte de la Cordillera oriental desde Ilimani a Illampú, con sus cumbres nevadas, nimbadas por los reflejos del sol. Pero sólo disfruté de la vista por poco rato. De las depresiones orientales empezaron a ascender masas de niebla que en contados instantes envolvieron en un velo gris todo el paisaje. Para el viajero que no conoce la ubicación de La Paz, resulta extraordinariamente asombroso tener por primera vez una vista de la capital de Bolivia.

El viaje continúa por el monótono altiplano de la manera acostumbrada y sin sobresaltos. El cochero nos dice que esa será nuestra última parada para cambiar los animales de tiro y que ya estamos en las inmediaciones de La Paz. Miramos en derredor y, en la dirección que nos muestra el postillón, pero no aparecen rastros de la ciudad. Seguimos viaje y al cabo de media hora se dilucida el enigma. De repente, el camino se pierde en la profundidad de un valle. Hemos llegado al borde oriental de la meseta y a nuestros pies, en el fondo de ese valle, se extiende el caserío de La Paz.

Causa una impresión muy peculiar tener ante los ojos así de súbito, inesperadamente, a la importante ciudad con sus callejuelas tortuosas ajustándose a los desniveles del terreno, el rojo vivo de los tejados de sus casas alternando benéficamente con el verde de los Juboles, cuya vista ansiaban los ojos fatigados del viajero.

En verdad, La Paz posee árboles hermosos. Es particularmente bello el paisaje de la ciudad hacia el este desde el borde de la meseta,

cuando en los días diáfanos completa el cuadro el majestuoso Illimani con sus campos de nieves perpetuas y los glaciares centelleantes a la luz del sol, destacándose colosal contra el azul intenso del cielo.

El camino desciende en pronunciada pendiente y me quedé admirado, al principio con un poco de temor y luego con tranquila indiferencia, de la destreza con la que los postillones corrían cuesta abajo a todo galope por la calle empinada, angosta y despereja para llegar cuanto antes a La Paz. Molido por el largo e incómodo viaje, durante el cual me helaba de noche y de día me asaba el sol, saludé con alegría al amable francés, señor Guibert, en ese entonces gerente aún del Grand Hotel Français, del que guardan gratos recuerdos todos los viajeros.

Lo que más llama la atención del viajero es la curiosa ubicación de la ciudad, es decir el abigarrado cuadro de las calles. Aunque es moderno, el estilo arquitectónico de las casas no tiene nada de particular. Sólo los edificios más viejos que datan de la época de la conquista española son característicos por mostrar el estilo español antiguo, que en el fondo no es sitio una escasa modificación del romano antiguo, ton sus grandes y llamativos techos de tejas. Esta antiquísima disposición de la casa con su cubierta de tejas, igualmente antigua, es muy típica en toda la América Meridional o, mejor dicho, fue típica, pues desde hace un decenio los edificios construidos según un estilo, más moderno no sólo han transformado la imagen urbana en las ciudades costeras como Montevideo, Buenos Aires, Valparaíso, etc., sino también en las localidades mediterráneas como La Paz, Lima, etc., han ido desplazando más y más a las caras viejas. Pero lo que llama enseguida la atención por su peculiaridad son sus habitantes, no los europeos o los descendientes de estos, pues todos ellos se visten de la misma manera, poco bella según la moda imperante en Viena, Berlín o París, siendo el monótono negro el color predilecto de los caballeros de Buenos Aires, La Paz, Lima, Oruro, etc. En cambio, los Aymará, los habitantes primitivos se comportan de muy distinta manera.

Los Aymará son una rama del pueblo relegada al altiplano, rodeada por todas partes por los quechuas.

Hasta donde se remonta la historia de esta tribu, cual es su origen, así como todo lo atinente a la interesante y trascendental historia etnográfica de América del Sud está aún envuelto en sombras, pero me parece muy probable que otrora, antes de ser sojuzgados por los quechuas, los Aymará alcanzaron un elevado grado de cultura. Quizá, las admiradas construcciones de Tiahuariaco, daten de aquellos tiempos tan remotos en que los Aymará eran allí el pueblo dominante y deseaban erigir una brillante capital. El duro vasallaje que les impusieron primeramente los quechuas y más tarde los españoles aniquiló casi todos los vestigios de su elevada cultura. Ellos, que durante siglos y aún hoy en día no son tratados mucho mejor que los animales domésticos, lograron salvar y conservar hasta el presente algo de su pasada época de grandeza y esplendor, algo que brilla en su miseria como un claro rayo de luz, pero que por cierto no lo sienten como tal: ese algo es su afición por los colores, su sentido vivaz, extraordinariamente receptivo, respecto a los adornos policromos.

Son muy austeros en sus costumbres y modos de vida. Un poco de coca y un poco de chuño, (papas desecadas) en su alforja, en Liso desde hace milenios, les basta para caminar días enteros tras sus llamas, igualmente modestas. Pero así como son sobrios en cuanto a su alimentación, las mujeres son ostentosas en cuanto a su vestimenta. En la vida cotidiana los hombres llevan ponchos de los colores más variados y chillones, de ordinario un rojo brillante. Este es también un color muy apreciado por las mujeres, pero su predilección por los colores brillantes no se conforma con uno sólo. Ellas han resuelto de una, manera muy simple el problema de aplicar la mayor cantidad posible de colores en el vestido, a saber superponen varias faldas y cada una de un color diferente. Principalmente, en ocasión de sus fiestas que son muy numerosas, se colocan muchas de esas faldas para estar lo más vistosas posible y no son raras las ocasiones en que una mujer así ataviada lleve diez o doce faldas de diferente color. En las fiestas, les gusta bailar al son de la música de la flauta larga y de un gran tambor y para que otros puedan admirar las faldas de colores giran en redondo. Un espectáculo muy divertido. Como grandes colibríes o mariposas revolotean las

figuras color das, pero sus fiestas las celebran sin voces. En ninguna de ellas los oí cantar.

Se me ocurre que en esto prevalece la influencia de un largo vassallaje. En cambio, tanto más es lo que beben, en particular un aguardiente embriagador de maíz fermentado, cuando no consiguen el licor importado de Europa.

La llama es inseparable de esta gente y es para ellos el animal doméstico de máxima potencia. Es empleada como bestia de tiro.

Una llama sola no puede acarrear mucho peso, pero los grandes rebaños llevan lejos muchos productos. Sólo son usados los machos para este servicio, mientras la hembra permanece en la casa.

Tal rebaño de llamas ofrece en verdad un espectáculo muy llamativo. Estos rumiantes son muy curiosos y, cuando encuentran algo extraño en el camino, yerguen sus largos cuellos y miran con sus grandes ojos oscuros el objeto correspondiente, en tanto sus largas orejas aguzadas apuntan atentas hacia arriba. Cuando pasa a su lado un europeo, se aprietan unas contra otras, pero no pueden dominar su curiosidad, adelantan sus cabezas, se acercan al extraño, lo husmean y resoplan con violencia y sonoridad, echándole encima la saliva que expelen por la nariz y la boca. Siguen a sus amos voluntariamente, pero tienen la mala costumbre de no quedarse jamás en el camino, se trepan por las pendientes y cada llama evita medrosa caminar a la zaga de la que la precede, de manera que a menudo se divisan en las escarpas una serie de pequeños senderitos, unos cincuenta o más. Esto explica también el estado miserable de los caminos bolivianos y la imposibilidad de mantenerlos en buenas condiciones. Pero como las llamas requieren poca alimentación y son buenas trepadoras, constituyen el único medio de transporte usado en las minas situadas en lo alto de la Cordillera. Así, una llama no carga más que cincuenta kilos a lo sumo y marcha a paso muy lento unas cinco a seis horas por día. Dado que a la caída del sol ya no busca comida, la marcha diaria debe suspenderse a tempranas horas de la tarde. Estos son inconvenientes que -aun cuando la llama resulta muy económica-, hacen tan caro el transporte de los minerales desde las alejadas minas, que aún no se ha encarado la explotación

racional de una gran parte de los yacimientos bolivianos. Cuando la llama ya no puede prestar utilidad como bestia de carga es sacrificada. Este animal es para el Aymará lo que la foca para el esquimal o el reno para los lapones. Nada se pierde en él, todo se aprovecha, hasta las entrañas se consumen. En la ciudad de La Paz, donde la leña es escasa, el estiércol seco de la llama es un combustible muy buscado. Se lo llama taquia y despide un olor peculiar, no precisamente desagradable. Las mujeres de los Aymará, encargadas del cuidado de los animales y la recolección del estiércol llevan prendido ese olor en su persona de manera tan persistente, que anuncia desde una gran distancia a la Aymará que se acerca.

En general, los Aymará son laboriosos trabajadores, acostumbrados a los rigores y siempre andan descalzos o a lo sumo usan sandalias. Yo les he visto trabajar en los lavaderos de oro, con los pies sumergidos en las heladas aguas de los glaciares, sin enterarme de casos de enfermedad entre ellos. En todas las excursiones por la montaña en que me acompañaron en calidad de cargadores, me asombró la agilidad con que se movían en el difícil terreno rocoso, sin sufrir la influencia de la enrarecida atmósfera de altura, a la que no escapa ningún europeo, pero a pesar de ser tan buenos escaladores, temen pisar el hielo de los glaciares y la nieve endurecida. Según sus creencias, las cumbres nevadas son la morada de sus dioses a los que se aferran con la obstinación de un pueblo oprimido. Sólo son cristianos de nombre. Así como en sus fiestas ofrecen a sus deidades una porción de cada copa, también les tributan sacrificios en las altas montañas. En reiteradas oportunidades encontré en las morenas terminales de los glaciares pequeñas vasijas de barro, llenas de aguardiente, y asimismo, hojas de coca, que al atravesar un paso se quitan de la boca y depositan en pequeños nichos de piedra. También depositan allí otros objetos, como monedas, cigarrillos etc. para obtener el favor de sus dioses. La misma costumbre rige más al sud, donde volví a observar este fenómeno al cruzar la Cordillera de Argentina a Chile. Se consideran allí como santuarios las –piedras santas-, rocas que por efecto de la erosión presentan extrañas concavidades. En ellas se colocan entonces las ofrendas mencionadas.

Así, pues, esta costumbre está muy difundida y profundamente arraigada en América del Sud. Con la misma tenacidad que los Aymará se aferran a las viejas ideologías religiosas heredadas de sus antepasados, también lo hacen respecto a su primitiva organización. En verdad, están organizados con independencia de la constitución nacional de Bolivia, tienen su propia carta magna no por ser oral menos respetada, y obedecen ciegamente a sus caudillos. La población de origen europeo conoce por cierto los peligros que entraña esta severa organización de los Aymará y quizá se base en ella la presión, a menudo cruel y la explotación de que fueron víctimas. Como ya he mencionado son tratados como animales domésticos y están sujetos a absoluto vasallaje. El valor de una finca se estima de acuerdo con el número de las familias Aymará existentes en ella. Deben trabajar sin paga y cultivar las tierras del propietario de la finca a cambio de una mísera choza y la insignificante parcela de tierra que éste les asigna. No están autorizados a abandonar la finca sin permiso del dueño, pero éste puede mandarlos donde le plazca a trabajar sin retribución. No es de extrañar que dado semejante trato el Aymará, por naturaleza sincero y afable, haya cambiado fundamentalmente, pues en él se ha ido acumulando un inmenso rencor y enconada ira, que en ocasiones hierve furiosa y exige entonces el sacrificio de algunas vidas humanas. Mis relaciones personales con ellos siempre fueron buenas. Los Aymará hacen una clara distinción entre los extranjeros y los bolivianos descendientes de españoles.

Los llamados cholos y cholas, hijos de las uniones de españoles y Aymaraes constituyen una clase de gente muy típica de Bolivia. Las mujeres suelen distinguirse por su afición a los adornos y las chucherías. Sienten una particular predilección por las botas y los vestidos costosos y tratan de conseguir el dinero necesario por todos los medios posibles, en su mayoría con engaños. Son extraordinariamente taimadas y no vacilan, en la elección de los medios, aun el robo o el asesinato con tal de obtenerlo. No experimentan gozo en el trabajo. En razón de sus numerosas relaciones con los Aymará -también conocen su idioma a la perfección- se los emplea de preferencia en la administración como intendentes de pequeños pueblos y distritos del país.

Llama en ellos la atención su clásico sombrero de paja, mientras los Aymará sólo llevan sombreros de fieltro. Otra peculiaridad de estos es el bonete de orla que llevan bajo el sombrero de fieltro y del cual no se separan jamás. Lo usan desde la cuna a la sepultura y les sirve para guardar las pequeñeces más variadas: dinero, tabaco, cigarrillos, coca, etc. Todas estas cositas se guardan en la punta del gorro, que también usan para sonarse la nariz a falta de pañuelo.

Físicamente, los Aymará son de poca estatura. En particular, las mujeres evidencian un escaso desarrollo. El hombre, una especie de factótum que en su calidad de criado me brindó muy buenos servicios, era oriundo de la frontera norte de la región Aymará del lago Titicaca. Llama la atención que la mayoría de ellos presenten una inclinación tan acentuada de sus ojos alargados como la que caracteriza a los pueblos del Asia oriental.